

neamiento y perseguirán al indómito estulto que se resista a la profilaxis de las enfermedades transmisibles y exigirán, sin excusa ni pretextos inverecundos que, la habitación en que vivan y el agua de bebida y la evacuación de inmundicias y el pueblo entero, en una palabra, sea hechura todo él de personas civilizadas y conscientes de sus derechos en la sociedad y en la vida.

¿Que es largo el camino trazado? Cada cual que haga hasta donde le corresponde y pueda. Pero ni un punto menos.

En «Mi Saludo», publicado en agosto pasado, anunciaba este propósito: «a prueba de luchas, dificultades y tiempo». Entonces aún no sabía qué apoyos habría de encontrar y lo escribí imitando los alientos de Guillermo el Taciturno: «Puede emprenderse, incluso sin esperar, y perseverar, incluso sin conseguir.»

Al tiempo, concedimos siempre papel principalísimo; Thiers dijo: «El tiempo suele no respetar las empresas que se realizan sin su concurso».

Todo ello sin ilusionarme en superlativo, porque conozco por experiencia la amarga reflexión de Nietzsche: «Yo pensaba que cuando se habla del dolor lo entenderían a uno los que sufren». Pero sin dejarme ganar tampoco por su pesimismo, por creer «a pie juntillas» con Lloyd George que: «El porvenir pertenece siempre a aque-

llos que tienen algo en que creer».

* * *

Para llevar a la realidad el programa esbozado, se necesita mayor potencialidad económica de la que ¡ay! disponemos en la hora presente.

La Dirección general de Sanidad sin cuya protección decidida nada hubiéramos logrado, respondió solícita al angustioso llamamiento, librándonos sendas partidas de capítulos generales y de las Secciones de puericultura, tuberculosis, antivenéreo y antitracomatoso, para traslado de laboratorios, instalación de nuevos dispensarios, etc.

Sostiene actualmente en la provincia diez dispensarios antitracomatosos y dos oculistas del Servicio Central; un dispensario de enfermedades venéreo sifilíticas con consultas gratuitas para hombres y mujeres. Y ahora instala y costea un dispensario de higiene, en donde la vigilancia del niño comienza en la madre gestante; y a propuesta mía extiende su ayuda al dispensario antituberculoso cerrado ha muchos meses por falta de apoyo de unos y otros, cancela sus deudas a las casas proveedoras, — evitando el bochornoso trance de un embargo — y lo traslada al nuevo edificio de este Instituto.

Pero también las demás corporaciones, obligadas a ello desde hace muchos años, deben